



Dorothy Mackail

Jack Mulhall

Un idilio en
el Metro



SANTELL, Alfred

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

METRO-GOLDWYN-MAYER

25

21

:: y FIRST NATIONAL ::

Cénts.

Ediciones BISTAGNE -Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Subway Ladie, 1926

Un Idilio en el Metro

Fantástica comedia, interpretada por la bella artista

*DOROTHY MACKAIL

y el simpático galán JACK MULHALL *

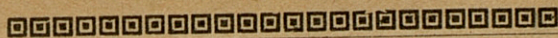
Producción FIRST NATIONAL PICTURES

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona



Un Idilio en el Metro

Argumento de la película

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Es París la Meca de los norteamericanos en Europa, el sueño dorado de todas las muchachas que adoran los trajes de seda.

Existe un lugar en Nueva York en que el tren subterráneo sale a flor de tierra para elevarse, poco después, al nivel de los edificios, y en esta parte de la ciudad vivía la encantadora muchacha, Sarita Herman.

Sarita estaba empleada en un gran almacén de modas, al igual que su amiga Estela.

Sarita y Estela eran las dos mejores amigas del mundo. Vivían en una modesta casita y eran felices en su situación mediocre.

Estela anhelaba conocer un muchacho simpático y de buena familia que la condujera al altar. A Sarita lo que realmente le

importaba era poder vestirse como en la Quinta Avenida.

Una mañana, mientras preparaban su complicada "toilette" para dirigirse a su trabajo, Sarita dijo a su compañera:

—Apresúrate y no pierdas tiempo si es que quieres llegar a ser algo en esta gran ciudad.

—Lo mejor que tiene esta gran ciudad es que puede una marcharse de ella cuando le plazca — contestó Estela.

—Sólo hay un lugar por el cual yo dejaría a Nueva York — dijo entusiasmada, Sarita.

—Supongo que no vendrás otra vez con tu historia acerca de París...

—Pues has dicho una verdad como un templo. Mi único anhelo es ir a París... y he de ir allá aunque sólo sea para conseguir un divorcio.

—Bueno, pues ya me lo explicarás todo a la vuelta...

Acabaron de acicalarse y se dirigieron a tomar el metropolitano que debía conducirlos al almacén donde trabajaban.

En la estación del tren subterráneo que se dirigía a los barrios comerciales de la ciudad, el movimiento a aquella hora matinal era inusitado. Todo el mundo se apres-

taba a buscar un huequecito entre la masa compacta de gente que invadía los coches.

Herberto Mac Carthy, un muchacho de perenne sonrisa, desempeñaba a conciencia las funciones de revisor del ferrocarril metropolitano.

Luego de realizar intensos esfuerzos para conseguir que la gente se prensara todavía más en el interior de los vagones, dió la orden de marcha. Y el convoy partió a desesperada velocidad por los túneles subterráneos.

Sarita y Estela lograron un puesto entre la asfixiada aglomeración. ¡Se sudaba, diablo! ¡Esto de no tener automóvil...!

Allí, como casi en todas partes, iban mujeres de pie con los niños en brazos, mientras los hombres permanecían sentados leyendo el periódico.

Sarita, arrinconada contra la puerta, deseaba que terminase cuanto antes el dicho-so viajecito. Como la viera tan seria y grave, el revisor Herberto, que no pecaba de tímido, se le acercó y le dijo:

—¿Está usted bien, señorita?

Sarita le miró y viendo una sonrisa burlesca en los labios del joven, respondió con altanería:

—¡Muchas gracias!

Estela se encontraba en medio del vagón, sorteando dificultosamente los vaivenes del tren. Cerca de ella se hallaba uno



Sarita, arrinconada contra la puerta...

de eso tenorios que surgen en todos los lugares en donde hay aglomeración de personas, especialmente si las mujeres abundan.

El émulo de Don Juan comenzó a mirar y

sonreír a Estela llegando en su atrevimiento a tocarla un brazo. Estela se retiró apocada, pero intervino Sarita que era la misma decisión hecha mujer y de un violento espujón obligó a apartarse al antipático tenorio.

Herberto, llegándose de nuevo a Sara, le repitió:

—¿Sigue usted bien?

—¡Sí, gracias!...

Y no pudo menos de sonreír al ver el saludo con que le honraba el revisor. Este, muchacho de unos veintitantos años, le dijo con admiración creciente:

—¿Le gusta pasear, señorita?

—Algunas veces — contestó, entre risueña y disgustada.

—¿Por el Parque Central?

—Algunas veces.

—¿El domingo?

—Tal vez.

—¿Al mediodía?

—Tal vez.

—¿Cerca de la Aguja de Cleopatra?

—Tal vez.

Iban a proseguir el diálogo durante el cual el revisor Herberto parecía haber emprendido con buen éxito la conquista de aquel femenino corazón, cuando el tren se detuvo ante una magnífica estación.

—¡Estación Gran Central! — gritó Herberto.

Y la aglomeración, atropellándose para salir cuando antes, lanzóse contra la puerta sin ningún género de consideraciones.

Sarita y Estela se vieron envueltas en esa tromba humana y antipática, logrando finalmente saltar al andén. Ya allí, Herberto, que se encontraba en la plataforma del vagón, gritó:

—No se olvide del domingo, señorita...

Sara se echó a reír y continuó su camino con Estela.

—¡Es simpático ese chico! — dijo Estela.

—Gran cosa; un revisor de tren — contestó la modista.

Mas a pesar de su aparente frivolidad, algo extraño le hizo pensar varias veces en el audaz muchacho del Metro que de buenas a primeras le había dado una cita.

*
**

La casa de modas en que trabajaban Sara y Estela estaba situada en la Quinta Avenida y era una de las más importantes de la ciudad.

Una tarde entró en el almacén una de esas compradoras que nunca saben qué es lo que desean y si lo supieran tampoco lo comprarían.

Estela, después de mostrarle más de treinta trajes y abrigos, se declaró vencida para contentar a la dama.

—En realidad no me ha enseñado usted nada — respondió la supuesta compradora, que había doblado ya los cuarenta años.

—Perdone un momento, voy a ver si tenemos algo más...

Y, disgustada, se dirigió a hablar con el gerente del establecimiento:

—Señor Brown, he hecho todo lo que he podido, pero no parece conformarse con nada.

—No se preocupe, voy a llamar a Sara para que la atienda; si ella no logra complacerla es que es un caso perdido.

Sara, advertida por el señor Brown, se dirigió a hablar con la compradora. Sara, que era una gran conocedora del carácter y de la personalidad de algunas mujeres que visitaban la casa, le dijo con una sonrisa exquisita:

—Pero, ¿es posible, señora, que le hayan enseñado a usted todos estos trajes? Si todo esto es más bien para una persona de edad.

¡Ah, el punto flaco de algunas mujeres! ¡Los años! La cuarentona sonrió infantilmente:

—Creo que usted me comprende mejor...

—Naturalmente. Usted debe ponerse algo

más juvenil... algo que haga resaltar su bella figura.

—Es lo que deseaba...

—Precisamente acabamos de recibir de París lo que a usted le conviene... es la cosa más encantadora del mundo.

—Es usted muy amable, señorita...

—Haré que una modelo que tenga la misma edad que usted se lo pruebe para que usted lo vea.

Y llamando a una muchacha de unos veinte años, le hizo vestir un valioso abrigo de pieles que ya antes había mostrado Estela y que la dama, entusiasmada, se aprestó a adquirir a subido coste.

Salió después de estrechar cariñosamente la mano de la gentil y adorable vendedora... ¡Criatura simpática! ¡Confundir a ella una dama otoñal, con una joven de veinte años! ¡Eso se llama saber vender!

Cuando hubo salido, Estela se acercó asombrada a su amiga:

—¿Cómo lo lograste? ¡Parecía imposible!

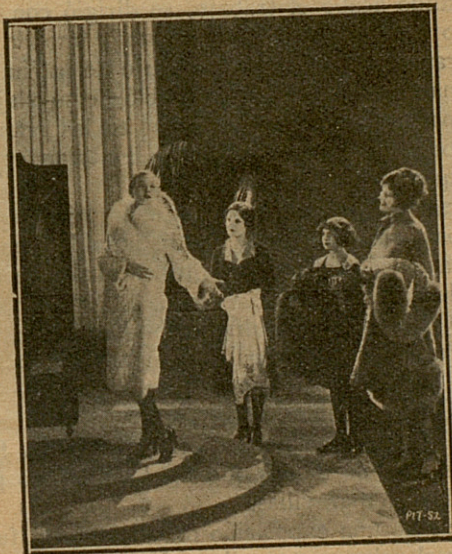
—No importa cómo... tú le enseñaste el abrigo antes, de manera que la comisión por la venta te corresponde a ti.

Y viendo a un muchacho que acababa de llegar, se dirigió hacia él.

Era Federico Perry, comprador de la casa

en el extranjero que conocía París tan bien como los vestidos que compraba.

Sarita le dijo alegremente con la admira-



...le hizo vestir un valioso abrigo de pieles...

ción que le causaban las personas que habían visto por sus propios ojos la capital francesa:

—¿Qué tal París, Federico?

—Encantador como siempre... Acompañeme

usted a cenar esta noche y no hablaremos de otra cosa que de nuestro amado París.

—Acepto su invitación...

Cuando acabó el trabajo, se dirigió con Federico a "La Zapatilla de Plata", uno de los restaurantes nocturnos de más lujo de la ciudad.

Cenaron bien y Federico habló de su viaje a Europa, de las elegancias vistas en las grandes reuniones de París, de aquella embriaguez de lujo que respira el alma de la Villa Luz.

Sara estaba encantada. La conmovían aquellas palabras, y luego, la distinguida concurrencia que llenaba el restorán acababa de admirarla.

—¡Qué trajes más divinos! — decía.

—Pues eso no es nada comparado con los que se ven en los Campos Elíseos.

—¡Quién pudiera verlos!

—Y ya que hablamos de trajes, hay en París una casa de modas que es el verdadero palacio de las maravillas.

Y le hizo una exposición detallada de la fantasía y el color que se albergaban en los grandes almacenes.

—Daría cualquier cosa con tal de poder conocer París... — dijo Sara.

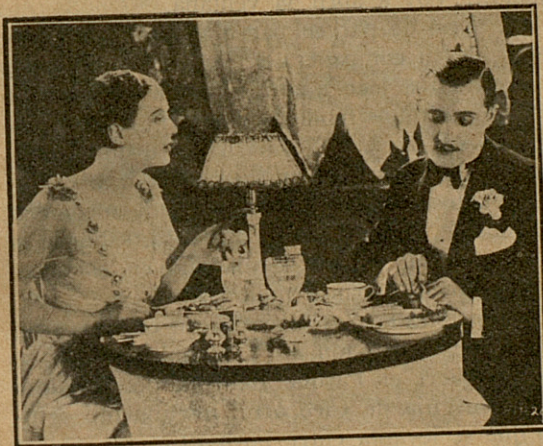
—No se desanime, Sarita; quizás algún día...

—¡Ojalá, pero, es imposible!

A eso de medianoche, Perry acompañó a su

buen amiga hasta su casa, despidiéndose de ella respetuosamente. No le unían otros lazos que los de una gran amistad.

El día siguiente era domingo...



—Daría cualquier cosa con tal de poder conocer París.

Sara y Estela dormían en la misma habitación y despertaron de súbito ante el persistente timbre del despertador.

—Pero, ¿no es hoy domingo? — dijo Estela, desperezándose.

—Tienes razón — contestó su amiga, soñolosa.

lienta—. Se me olvidó desconectar el timbre del despertador.

—Pues, a dormir...

—No; aunque regresé tarde, ya no tengo sueño... Voy a abrir la ventana.

La abrió de par en par a pesar de las protestas de su compañera... Sentóse en la cama y comenzó a leer una revista de modas que traía los últimos modelos de París. Este nombre era su obsesión, su martirio, su dolor, porque desdichadamente nunca podría ir a él.

Levantóse luego, y poco antes de mediodía, perfumada y alegre como una rosa, salió de la casa, mientras Estela seguía aún en el lecho, feliz bajo las sábanas mullidas.

Ya en la calle, Sarita vaciló un momento sin saber qué rumbo tomar. Y maquinalmente, se dirigió hacia el Parque Central, deteniéndose ante la Aguja de Cleopatra, monumento egipcio que se levanta entre jardines.

Al parecer, no tenía la menor intención de encontrarse con el revisor Herberto en el Parque Central, pero por si acaso, paseaba junto a la Aguja.

Recordaba sin querer al modesto empleado del ferrocarril. ¿Vendría? ¿Se acordaría de ella?

Un muchacho que estaba sentado en un banco leyendo un periódico se acercó a Sarita.

—Sabía que vendría usted — dijo, sonriente.

Era Alberto Mac Carthy, el revisor.

Sarita, que estaba allí por él, quiso negarlo con altanería.

—Pues la verdad es que sabía usted más que yo... — contestó.

—Entonces, ¿cómo es que está usted aquí?

—Para pasear...

—Lo mismo que yo. Pero ya que nos hemos vuelto a encontrar, ¿quiere usted que vayamos a comer al Casino?

Ella le miró alegremente, sonriendo con cierta alarma.

—Yo no sé si debo aceptar...

—Si tiene apetito, no vacile. Acompañeme...

Ella aceptó; la aventura con aquel muchacho le parecía graciosa. Herberto la tomó del brazo y ella se abandonó con cierta turbación a esa caricia suave.

Herberto iba de paisano y ésto le agradó a Sarita, que se hubiera disgustado de haber ido él con el uniforme de revisor.

Fueron al Casino. Era un restorán muy aceptable donde comía gente arreglada y burguesa.

Sarita mostrábase ligeramente tímida temiendo que su acompañante cometiera alguna ordinariez en la comida. Pero se sorprendió al

ver la finura de sus modales, su impecable modo de comportarse en la mesa.

—¿Sabe usted, Herberto, que empieza a interesarme? — le dijo.

—Lo sabía — contestó él, riendo.

Trancurrió alegremente el resto de la comida. Luego fueron aún a dar una vuelta por el parque y se despidieron hasta el otro domingo... Parecían simpatizar sus juventudes unidas por un mismo ideal de amor.

Sarita, alegremente, regresó a su casa.

—Me divertí bastante con Herberto — dijo a Estela.

Esta le respondió:

—¿Te dió un beso cuando se despidió de ti?

—¡No!

—Pero, ¿trató de hacerlo?

—¡Tampoco!

—Entonces, debe tener buenas intenciones.

Sarita lanzó una carcajada.

—Oye, no vayas a figurarte que estoy pensando en matrimonio... ni me he olvidado de París.

—Quizás puedas lograr ambas cosas...

—¡Ya lo creo! ¡Como no vaya a París en el tren subterráneo! ¡Figúrate! ¡Un revisor de tren!

—Pues entonces, ¿por qué has aceptado su cita?

—Nada... una amistad... parece un buen chico... tendré un "flirt" sin importancia.

—No me gusta eso, Sarita...

—Déjame gobernar a mi capricho mi vida.

Y estuvieron hablando de aquel muchacho y de su porvenir hasta muy entrada la noche.

**

Prosiguieron las entrevistas entre ambos jóvenes: el revisor y la dependienta... Y como escenario de estas conversaciones, tenían la primavera con su gran telón de luz y de embriaguez.

Un anochecer se encontraban los dos sentados en un banco del parque. El ambiente parecía seducirles. Herberto, poniendo en un dedo de Sarita una bella sortija en la que lucía un brillante, le dijo:

—Vamos a casarnos, Sarita. ¡Te quiero!

Brillaron los ojos de la muchacha y conmovida por el regalo y las palabras de él, aceptó la boda.

—Perfectamente — dijo —. ¡Y qué sortija tan preciosa! ¿Es buena?

—¡Ya lo creo! ¡Un dólar de entrada y un dólar semanal por el resto de mi vida!

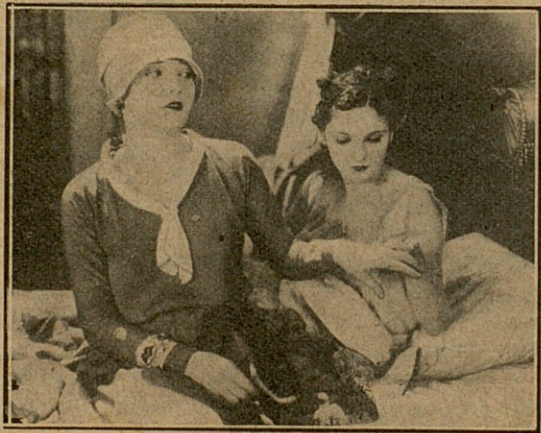
—¡No, de bronce!

—¡De nogal! — gritó Herberto.

—¡De bronce! — rugió Sarita.

Y ahora, por sostener el punto contrario al de antes, parecía que iban a pegarse.

—Tengo una idea —dijo finalmente Sari-



...le mostró el soberbio anillo de prometida.

ta—, compraremos camas gemelas, una de bronce para mí y la otra de nogal para ti.

! Y ya calmados sus ánimos se despidieron hasta el siguiente día.

Cuando Sarita llegó a su casa, Estela ya

estaba en el lecho. Ella le mostró el soberbio anillo de prometida.

—¿De quién? — preguntó Estela

—¡De Herberto! — dijo Sara, orgullosa.

—¿Del cobrador del Metropolitano?

—Es un inspector de vías — dijo ella, con cierto orgullo.

Y disgustada por aquella ligera humillación hacia el oficio de su novio se desnudó rápidamente y se metió en la cama a soñar...

**

A la siguiente mañana, el gerente de la casa de modas, señor Brown, llamó a Sara a su despacho y la dijo:

—La mandé llamar para felicitar a nuestra nueva compradora de pieles en París...

—¿La nueva compradora?

—¡Sí, usted, señorita Sara Herman! ¡Irá usted en seguida a París!

Una repentina alegría se apoderó de ella pero se entristeció al recordar a su novio Herberto.

—Lo siento mucho, señor Brown — dijo con aturdimiento de enamorada—, pero no puedo aceptar este viaje. Voy a casarme.

—Siempre hay tiempo para casarse, Sarita, mientras que la ocasión de ir a París no se presenta todos los días.

Y le hizo tales reflexiones, en las que le ayudó el agente Federico Perry, que Sara sintió que su amor por París era más grande que el que experimentaba por Herberto.

—Bueno, es verdad. ¡Iré a París, mi sueño dorado!

Y lloraba de alegría y de pesar... por dejar a Herberto.

Aquel anoecer, en el Parque, ella esperó impaciente la llegada de su novio. ¿Qué iba a decir el humilde revisor cuando se enterara de su determinación?

De pronto, un pequeño automóvil se detuvo cerca de Sarita y descendió de él, Herberto Mac Carthy.

El joven quiso besarla, pero Sarita, rechazándole, le dijo:

—Todo ha terminado, Herberto.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué esa locura? ¿Es que esperabas que trajera un Packard? — dijo señalando el coche—. Pues, niña, he tenido que pagarlo a plazos y únicamente pude comprar ese modesto *auto*.

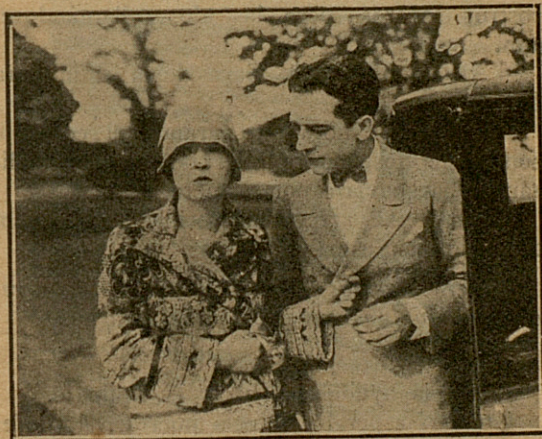
—No es eso, pero no nos podemos casar — dijo la muchacha llorando.

—¿Es que ya no me amas?

—Esto es lo que me hace sufrir, Herberto... que te amo.

—Entonces, ¿qué es lo que te ocurre, Sarita?

—Siempre he tenido grandes deseos de ir



—*Todo ha terminado, Herberto...*

a París, Herberto... ahora se me presenta la ocasión y voy a aprovecharla, eso es todo.

—¿Quieres decir que me abandonas? Cuando yo pensaba casarme contigo mañana.

—Tal vez cuando regrese...

Herberto la contempló con melancolía.
¡Estaba desengañado!

—Pues, buena suerte... Sarita — le dijo, levantándose.

—¡Adiós, Herberto!

Se alejaron uno del otro, tristemente, los rostros severos, pero las almas llamándose aún.

Al siguiente día, Sara debía salir para París.

Llevaba seis horas preparando el equipaje con el nerviosismo peculiar de los que realizan un largo viaje por primera vez.

Mientras se arreglaba, recibió una cartita concebida en estos términos:

¡Hurra! Iremos a París, juntos. Lo he arreglado todo, nos veremos en el muelle.

Federico Parry.

Estela la ayudaba a hacer el equipaje.

Un *taxi* esperaba ante la puerta. El chofer llamó a Sara que se asomó al balcón.

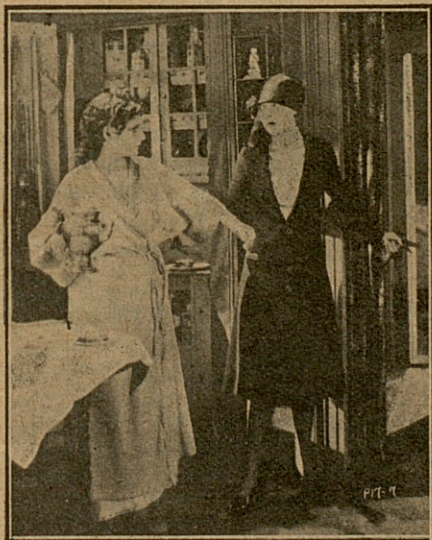
—¡Oiga, señorita!, le quedan sólo treinta y dos minutos y medio para alcanzar el barco.

—¡No se preocupe, ya me esperarán!

Por fin acabó de empaquetar todos los bultos que fueron acomodados en el automóvil y se despidió tiernamente de su amigueta Estela.

—¡Adiós, adiós, hasta la vuelta!

Se volvieron a abrazar y besar mientras el chofer daba muestras de impaciencia.



—¡Adiós, adiós, hasta la vuelta!

Por fin partió el *auto* a gran velocidad. Iban a llegar tarde. Era preciso detenerse aún en el almacén de modas para recoger el pasaporte. Y el vehículo aceleraba la mar-

cha, sorteando los innumerables peligros de la circulación.

¡Qué feliz se sentía Sarita! ¡Adiós, Nueva York, rascacielos de su tierra, adiós! ¡Pronto iba a ver las vías magníficas y amplias de París, toda la arquitectura noble de la gloriosa capital de Francia!

Unicamente con cierta melancolía se acordaba de Herberto. ¡Bah, tal vez cuando regresase, aquel amor sería posible! Entonces, colmada la ambición de viajar, aceptaría la boda.

Llegó al almacén. El señor Brown estaba nervioso.

—¿A quién se le ocurre retrasarse en un día como este? — le dijo.

—Usted perdone, pero he tenido que preparar tantas cosas.

—No se entretenga. Aquí tiene usted su pasaporte y varias cartas y telegramas que se han recibido para usted.

—Gracias, gracias.

Y cogiendo la correspondencia, se despidió del director y de sus amigas, subiendo de nuevo al coche.

El chofer consultaba nerviosamente el reloj. ¡No iban a llegar! Lanzó el vehículo a una marcha loca.

Mientras el automóvil corría a la deses-

perada por la ciudad, Sara abrió el paquete de correspondencia.

Leyó primero un telegrama enviado por una importante casa de París.

Sara Herman.

*La esperamos con surtido completo de pieles.
Ginsprg y Ginsprg.*

¡Qué alegre estaba! ¡Todo aquello parecía anunciar ya su apoteosis en la capital de Francia!

Luego rasgó un sobre y leyó:

Querida amiga:

No pierdas la cabeza en París y procede con calma, pero a tu regreso trae algunos condes y marqueses para nosotras.

Te abrazan

Tus compañeras.

Se echó a reír... Primero procuraría para ella. Tal vez algún aristócrata la pediría por esposa. Y esto significaba el porvenir, el lujo para siempre, el esplendor como eterno compañero.

Abrió distraídamente otra carta y leyó presa de intensa emoción.

Sara:

Estoy herido a consecuencia de un acci-

dente en el metropolitano, en el hospital Santa Cecilia. Ven a verme.

Herberto.

La sonrisa se apagó de su rostro. ¡Oh, Herberto! ¡Su novio, el muchacho a quien ella había abandonado por sus ansias de viaje, estaba herido! La invadió una profunda emoción y sintió que revivía impensadamente el antiguo amor que sentía por él.

¿Qué había podido ocurrirle?

Unas horas antes, uno de los trenes había chocado con otro en una estación, resultando varios heridos entre ellos Herberto.

Sara se agitaba nerviosa. ¿Qué hacer? ¿Marcharía sin ver a Herberto? Tal vez él muriese o necesitara de ella. No vaciló. Su instinto de mujer, tierna y buena, venció sus ansias de ver París.

—Al hospital de Santa Cecilia — gritó al chofer.

—Pero, señora, ¿es que no vamos al barco? Lo perderá usted...

—Da lo mismo... Lléveme primero al hospital.

—¡Oh, las mujeres!

Y desorientado, el entrometido chofer lanzó el coche en dirección al hospital.

Sara llamó, impaciente, a este establecimien-

to benéfico. Preguntó por Herberto. Una enfermera consultó unos libros y dijo:

—El señor Mac Carthy fué trasladado hace pocas horas a esta dirección.

Le dió en un papel las nuevas señas.

Sara, nerviosamente, abandonando ya toda idea de marchar a París, entregó el papel al chofer para que la llevase a las señas indicadas.

El chofer, silenciosamente, lanzó el *auto* a toda marcha hasta detenerse ante una casa de lujoso aspecto.

Sara llamó. ¿Por qué estaría en aquella casa su humilde novio?

La abrió un criado de bordada librea quien hizo pasar a Sara a una habitación.

—Por aquí, señorita — dijo.

Sara, sorprendida, se encontró en una estancia lujosísima, como la de un verdadero alcázar. Al fondo, en una cama de incrustaciones de oro, se encontraba Herberto Mac Carthy.

—¡Herberto! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha ocurrido?

—Nada de cuidado — dijo él, sonriente—. Una pierna rota...

—¡Lo que yo he sufrido, Dios mío! ¿Cómo ha sido eso?

—Un choque en el metropolitano. Gajes del

oficio, amiguita. Pero escúchame... ¿no sabes qué día es hoy? — preguntó, sonriente.

Sarita lanzó un suspiro.

—Es el día — murmuró— en que yo debía haber salido para París.

—No, Sarita, hoy es el día en que debíamos habernos casado.

La muchacha calló, como atormentada por el remordimiento. ¡Y había abandonado a Herberto!

—La primera vez que te vi — siguió diciendo el joven—, dije para mí: ¡he ahí a mi futura esposa!

—¿De veras? Pues la verdad es que sabías más que yo — respondió Sara, altivamente, no queriendo reconocer que el amor vencía su voluntad.

—La prueba de ello es que estás ahora aquí...

Estas palabras parecieron impresionar a Sarita. Miró ávidamente los muebles de la estancia, las paredes pintadas, los bordados cortinajes, el esplendor deslumbrante de todo.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué haces tú aquí en una casa lujosa como esta?

—Esta casa — dijo él lentamente y mirándola con dulzura—, pertenece a uno de los principales dueños del tren subterráneo... mi padre.

—¿Es posible? ¡Tú me engañas! ¡Tú te burlas de mí!

—Lee, Sarita...

Le mostró un telegrama que tenía sobre el lecho.

Ella lo desdobló con nerviosidad y leyó:

Herberto Mac Carthy.

Nueva York

952, Quinta Avenida.

Felicidades. Me alegro saber que te vas a casar. Quizás ahora renuncies a la tonta idea de aprender en túneles negocio de trenes subterráneos. Trae a París a tu esposa; tu mamá y hermana desean conocerla. Recuerdos.

Herberto.

—Es de mi padre, Sarita... — dijo el muchacho, riendo.

La emoción impedía hablar a Sara, ¡Herberto, a quien ella consideraba un humilde conductor de tren, convertido en un hombre riquísimo! ¡Qué felicidad!

—Ya lo ves, Sarita — le dijo él—. Ahora dejaré yo mi trabajo en el Metro e irás conmigo a París.

—¡Oh, ya no quiero ir a París, Herberto! — contestó ella—. ¡Sólo te quiero a ti!

—¡Chiquilla, irás a París, y conmigo, tan pronto me ponga bien...!

Se besaron... Sara reía y lloraba de gozo.
¡La riqueza, el amor, los viajes! ¡Sueño de hadas!

Su noble acción al suspender su viaje para interesarse por Herberto, había tenido su premio... Iría a París con el verdadero amor de su vida.

Y Federico Parry, el agente de la casa de modas, tuvo que partir solo.

F I N

No deje usted de leer en *Los Grandes Films*
de la próxima semana:

EL CADETE MAS VALIENTE

Superproducción FIRST NATIONAL

por Richard Barthelmess

Pi la a su librero

Ben-Hur y El Demonio y la Carne

los dos últimos grandes éxitos de las

EDICIONES ESPECIALES

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Acaba de aparecer en la Biblioteca «Nuestro
Corazón», la novela

LECCIONES DE LA VIDA

Si la lee, la recomendará.

Ediciones
BISTAGNE